

EL PAÍS EQUIVOCADO

JOSÉ JAVIER
ABASOLO



erein

EL PAÍS EQUIVOCADO

46

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: abril de 2022

Diseño de la colección y portada:
Cristina Fernández

Maquetación:
Erein

© José Javier Abasolo

© EREIN. Donostia 2022

ISBN: 978-84-9109-809-6


D.L.: D 408/2022

EREIN Argitaletxea

Tolosa Etorbidea 107. 20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

EL PAÍS EQUIVOCADO

JOSÉ JAVIER
ABASOLO

erein

—Te necesito, Beasko.

Pronunció «Biscou», como hacía prácticamente todo el mundo. Sonaba más anglosajón y, sobre todo, más fácil. Hasta mi padre había terminado aceptando esa transformación fonética del apellido familiar, que además no dañaba los oídos de la gente como el más duro Be-as-ko.

—Te necesito, Beasko —volvió a decir.

—No —respondí escuetamente. Una de las cosas que había aprendido a lo largo de los años es que cuanto más se esfuerza uno en explicar una negativa, más insisten en convencerte de lo contrario.

—Te necesito. Tú conoces el país. Y el idioma. Los idiomas —añadió, como si eso pudiera ofenderme.

—Te equivocas. Yo no conozco el país. Nunca he estado en él. Lo que sé, que es muy poco, me lo ha contado mi padre. Y él lo abandonó cuando tenía veinte años, hace más de cincuenta. Y lo de los idiomas... uno de ellos no me serviría de nada. Según las noticias que me han llegado, hablarlo está mal visto y a veces, castigado. Y si se trata de hablar español, tienes mucha gente a tu disposición. Gómez, por ejemplo.

—No quiero a Gómez ni a ningún otro policía de origen mejicano, portorriqueño o similar.

—Yo ya no soy policía, lo sabes perfectamente.

—Pero sé que aún mantienes tu licencia de detective. Una licencia que seguramente deseas conservar.

En lugar de contestarle me limité a sonreír. Tanto él como yo sabíamos que el chantaje no iba a funcionar. No solo porque yo no lo aceptaría sino, sobre todo, porque estaba convencido de que iba de farol. Pero supongo que tenía que intentarlo.

Sin esperar mi contestación sacó de un armario una botella y dos vasos y sirvió en ellos dos raciones generosas de *whisky*.

—Puedes tomarlo con total tranquilidad —me espetó—. No está envenenado. Ni bautizado —se rio al añadir esto último—. Me lo traen expresamente de una destilería de Kentucky, propiedad de unos amigos de la familia, como un recuerdo de los viejos tiempos.

Sonreí. John Calvin Van Looy III pertenecía a una aristocrática familia de Nueva York descendiente de los primeros holandeses que se establecieron en Manhattan tras comprársela, a cambio de unas baratijas, a una tribu de indios algonquinos. Con esos antecedentes no era nada extraño que además de los negocios legales con los que habían labrado su fortuna no hubieran hecho ascos, en su momento, a rozarse con elementos fuera de la ley. Pero eso era algo que tampoco se les podía reprochar muy duramente. Al fin y al cabo, hubo una época en la que, si deseabas beberte un buen *whisky*, jugarte el dinero que te sobraba en un casino o romper una huelga obrera, no te quedaba más remedio que recurrir a esos mismos elementos.

Probamos el *whisky* al mismo tiempo. No me había engañado, era excelente. Pero eso ya lo sabía de antemano. Todo lo que tenía Van Looy era excelente. Su propio aspecto lo delataba. Era alto, un par de centímetros más bajo que yo, y aunque sus facciones suaves y su rubia melena, bajo la cual lucía unos ojos azules, podían conducir a engaño a quien pensara que solo era

otro millonario consentido y afeminado, no tenía nada de blando ni de apocado. Cuando alguien llegaba a esa conclusión y pensaba que podía obrar en consecuencia acababa dándose cuenta tarde, muy tarde, de que había cometido un grave error. Un error que en algunas ocasiones incluso había llegado a ser fatal.

Su indumentaria, por otra parte, iba en consonancia con su aspecto. Cualquiera que le hubiera visto con aquel esmoquin, que parecía haber salido del sastre ese mismo día, y la bufanda blanca alrededor de su cuello habría deducido que se había preparado para asistir a alguna recepción en la alcaldía o en uno de los lujosos hoteles de Manhattan, junto a Wall Street. Pero en realidad se trataba de su forma cotidiana de vestir y tampoco nos encontrábamos en ningún acto de esos sino en el despacho que tenía como principal ayudante del fiscal general del estado de Nueva York. No era ningún secreto que antes o después ocuparía el de su jefe y, posteriormente, el del gobernador. Más adelante, quién sabe. No le faltaban ni el dinero, ni el contacto ni, sobre todo, la capacidad necesaria para aspirar a cotas más altas. Pero de momento era un tipo que acababa de decir tres veces seguidas que me necesitaba. Quizás hasta era sincero.

—Así que... —le dije, mientras le extendía el vaso que volvía a estar vacío— si no accedo a tus deseos me quedaré sin mi licencia de detective. Entiendo.

Lo llenó antes de hacer lo propio con el suyo.

—No me jodas, Beasko, no seas tan gilipollas —frunció el ceño, como si estuviese enfadado—. Sabes que no haría algo así. Del mismo modo que yo sé que jamás dejarías colgado a un viejo camarada. A un amigo. Venga, brindemos. ¡Por los buenos y viejos tiempos! —añadió bebiéndose de un trago el contenido íntegro de su copa.

—Por los buenos y viejos tiempos —repetí a mi vez, sin tanta convicción, aunque con igual resultado ya que me bebí todo lo que había en la copa—. Pero sabes perfectamente que no trabajo de guardaespaldas. Nunca lo he hecho y no tengo intención de hacerlo en el futuro.

—Lo sé —contestó mientras llenaba de nuevo los vasos—. Aunque nos hemos guardado mutuamente las espaldas en más de una ocasión. Supongo que eso significa algo para ti.

Así que el bueno de John Calvin Van Looy III había optado por hacerme chantaje emocional. Porque lo que decía era totalmente cierto. Ambos nos habíamos salvado la vida en más de una ocasión cuando estábamos enrolados en el ejército y participamos en aquella carnicería que los periódicos denominaron el desembarco de Normandía. Juntos luchamos en aquellas infernales playas francesas y juntos llegamos a París. Luego, a la vuelta, ambos regresamos a nuestros puestos en el Departamento de Policía de Nueva York, aunque en su caso ese trabajo no fue más que un paso intermedio antes de dar el salto a la fiscalía y a su futura carrera política. A mí, en cambio, la experiencia como policía me sirvió para ser detective privado. De hecho, en la actualidad aún conservaba esa licencia, aunque mi trabajo principal era para una compañía de seguros, casualmente propiedad de la familia Van Looy, en la cual desempeñaba las funciones de director del departamento que se ocupaba de investigar los posibles fraudes de los clientes que se consideraban más listos de lo que en verdad eran.

Y ahora, después de varias semanas sin vernos, me citaba en su despacho para que volviera a colaborar con él.

—No —volví a decirle—. No te voy a acompañar. Y es mi última palabra.

—¿No hay ninguna manera de hacerte cambiar de opinión?

No me digné a contestarle. Me limité a decirle que había sido un placer volver a verlo, aunque solo fuera por haber tenido la ocasión de probar un *whisky* tan bueno.

Nos despedimos como los buenos y viejos amigos que éramos, sin rencores, y me dirigí caminando hasta el despacho que tenía en la compañía de seguros. Cuando llegué a él me despojé del sombrero que lancé hacia un perchero, fallando estrepitosamente, como era lo habitual. Afortunadamente tenía mucha mejor puntería con un arma de fuego en las manos, si no, jamás habría salido vivo de Francia.

Resolví, no sin cierto aburrimiento, los asuntos burocráticos que seguían esperándome encima de la mesa mientras degustaba una copa de *whisky*. Para mi desgracia, la mayor parte de mi trabajo actual se reducía a eso, a controlar a los agentes que estaban a mi cargo, asignarles sus tareas, vigilar sus cuentas de gastos y leer aburridos informes. Un trabajo tranquilo y bien remunerado. Demasiado tranquilo para lo que había estado acostumbrado en el pasado.

Aquella noche había velada en el Madison Square Garden. El combate estelar, en la categoría de los pesos pesados, contaba con la presencia de Ezzard Charles, apodado «Cincinnati Cobra», por haberse iniciado en el boxeo en esa ciudad de Ohio. Su carrera, como la de muchos otros, había sido interrumpida por la guerra, pero todos los entendidos decían que tenía madera para ser el próximo campeón del mundo. Volvía a estar activo y le habían programado un combate contra Teddy Romero, un púgil de origen mexicano, muy pulcro y combativo, pero que jamás fue una figura de las cuatro cuerdas y ya se le había pasado el momento de serlo. No se trataba de usarlo solamente como *sparring*, ya que Charles necesitaba foguearse con alguien consistente para seguir progresando, pero sí de enfrentarse a alguien que, aunque en

algún momento pudiera ponerlo en aprietos, no fuera capaz de noquearlo. A pesar de ello parecía un programa atractivo y gracias a que el promotor era cliente de la compañía de seguros, había conseguido hacerme con dos entradas en primera línea.

Entre ir solo a una velada o acompañado por una rubia siempre he preferido lo segundo, sobre todo si esa persona es Marjorie Stonewell, una aspirante a actriz y cantante que empezaba a despuntar en Broadway y tenía por delante una prometedora carrera en el mundo de la farándula. Facultades no le faltaban para ello, aunque ser hija de Randy Stonewell, un prominente abogado con residencia en Greenwich Village y vínculos en el ayuntamiento y en el palacio del gobernador, ayudaba mucho. De momento, según me había dicho en más de una ocasión, intentaba salir adelante por sí sola mientras vivía de modo independiente en un coqueto apartamento de Manhattan que, seguramente, no hubiera podido permitirse con su sueldo actual de corista.

Marjorie era todo lo que uno podía desear: hija única de uno de los hombres más influyentes de la ciudad, y a pesar de su aspecto frágil, tan dura como el diamante. Para aquella ocasión se puso un traje de noche negro, unos guantes blancos que le llegaban hasta el codo y una estola color burdeos que realzaba su figura. Una boina ladeada de color blanco, que llevaba con mucha más gracia que los pastores vascos que había visto en las viejas fotografías que conservaba mi padre, contribuía a realzar su aspecto. Íbamos a sentarnos en la primera fila del Madison y tenía que estar preparada por si algún fotógrafo de la prensa neoyorquina, no de la dedicada a los deportes sino a la vida social, aparecía por allí. Como seguramente ocurriría. A su lado yo, pese a vestir de lo más formal y elegante, con una chaqueta príncipe de Gales de color gris, camisa blanca y una corbata

granate, parecía el hombre que le sostenía el bolso mientras ella paseaba al perro.

La entrada de Marjorie en el recinto tuvo la virtud de dividir a los espectadores en tres grupos. En el primero se encontraban los que estaban verdaderamente interesados en el combate, una auténtica minoría, y en el segundo, quienes enseguida se olvidaron de las evoluciones en el ring de Ezzard Charles y Teddy Romero para fijar sus ojos en ella. El tercer grupo lo componía yo exclusivamente, que no dejaba de dar vueltas en mi cabeza a la propuesta de John Calvin y empezaba a gustarme la idea de conocer la tierra de mis padres.

Marjorie, en cambio, no perdía de vista a los dos púgiles. Es curioso cómo las señoritas de buena posición, educadas en los más prestigiosos colegios privados de Nueva Inglaterra, se pirran por ese tipo de espectáculos. Y si consiguen asiento en primera línea y pueden ver de cerca los golpes, tanto mejor. Mujeres que se pondrían a temblar con un pequeño corte sin importancia en el meñique se mueren de gusto cuando ven correr la sangre en el *ring*. Aunque no es algo que esté al alcance de todas, para eso hay que tener clase, mucha clase. Y Marjorie Stonewell la tenía.

El combate estuvo muy igualado al principio, pero pronto se vio que Charles no tendría la menor dificultad para acabar con su rival cuando quisiera. Los espectadores lo presentían y no dejaban de jalearlo. Era curioso comprobar cómo personas que jamás permitirían que un negro se sentara a su misma mesa ni que entrara a su bar favorito gritaban alborozados a quien en esos momentos consideraban el héroe del momento: un chico nacido en Georgia, el estado esclavista por antonomasia en el que transcurría *Lo que el viento se llevó*.

Ezzard, aburrido del intercambio de golpes de los tres primeros asaltos, en el cuarto le lanzó a su oponente un *jab* que

no fue sino un aviso de lo que llegaría más tarde. Poco después, dos *uppercuts* seguidos hicieron que Romero se tambaleara hasta que, finalmente, un directo le hizo besar la lona, como les gusta escribir a los periodistas deportivos. Todos supimos en aquel instante quién había ganado.

Acabamos la velada en el Chiapuzzi's. El dueño, Giovanni Chiapuzzi, era un italiano muy bien relacionado, y cuando digo muy bien relacionado lo digo todo, pero que siempre había sabido nadar entre dos aguas. Se decía que era primo segundo por parte de madre del propio Alphonse Capone, aunque él, por si acaso, pagaba sus impuestos. En realidad, dicho parentesco no estaba comprobado y muchos de los habituales sospechábamos que no era cierto y que tan solo se trataba de una añagaza publicitaria para atraer más clientes a su local. Pero fuera o no verdad, eso no impedía que gran parte de las fuerzas vivas de la ciudad, incluyendo entre ellas al alcalde y al jefe de la policía, acudieran habitualmente a su local para tomarse unas copas, cenar y ver el espectáculo.

El propio Giovanni Chiapuzzi nos recibió y llevó hasta una mesa en la que, según nos dijo, «la *bellissima signorina Stonewell* y su afortunado acompañante» podríamos disfrutar del espectáculo sin ser molestados. Aunque me conocía desde hacía mucho tiempo y sabía que era amigo del ayudante del fiscal, yo seguía siendo «el acompañante de la señorita Stonewell». Cuestión de jerarquías, supongo. De todos modos, no me molestaba. Chiapuzzi era un buen tipo y yo hacía tiempo que había comprendido que para andar por el mundo es mejor dejar las susceptibilidades bien guardadas en el fondo de un baúl. Además, era cierto que nos ubicó en una mesa desde donde pudimos contemplar a nuestras anchas la actuación de una orquesta que tocaba el mejor jazz que podía escucharse en la Gran Manzana aquellos días, si exceptuábamos a la de Louis Armstrong, por supuesto.

—¿Ha sido todo de su gusto? —nos preguntó, obsequioso, cuando acabamos de cenar.

—Todo perfecto, Giovanni. Como siempre —le contesté, aprovechando para pedirle que nos trajera una botella de champán, de ese que tenía reservado para las grandes ocasiones.

Los ojos de Marjorie se iluminaron.

—¡Brindemos! —dije alzando mi copa cuando las dos estaban llenas.

—¿Por qué brindamos? —me preguntó, sonriente, Marjorie, mientras miraba inquisitivamente mis manos.

—Por mi despedida. —Intenté sonreír yo también, pero por la expresión de Marjorie tan solo debió salirme una mueca.

—¿Por tu despedida? ¿Qué quieres decir con eso? —La sonrisa había desaparecido repentinamente de su cara.

—Que me voy. Me marcho por un tiempo al país de mis padres. Quién sabe, quizás acabe dándole gusto a mi madre, que siempre me dice que me olvide de las chicas neoyorquinas y me busque una vasca para sentar, por fin, la cabeza.

—Es broma, ¿no?

—Sobre lo primero, no. Dentro de una semana salgo para Madrid y luego, desde allí, me acercaré a Bilbao. Sobre lo segundo, *¿chi lo sa?* Ya sabes que siempre he sido reacio al compromiso...

—Eres un cerdo, Beasko.

Marjorie me arrojó a la cara el contenido de su copa de champán. No se lo reprocho. Admito que ese no es el modo más elegante para cortar una relación, pero no me veía capaz de hacerlo de otra manera. Si me dolió fue, en todo caso, por la corbata, que era de auténtica seda italiana y estrenada expresamente para la ocasión.

Chiapuzzi se acercó precipitadamente hasta nuestra mesa.

—¿Ocurre algo? ¿Necesitan alguna cosa, *signor* Beasko?

—No, gracias —contesté—. Ya le he dicho que ha estado todo perfecto. Como siempre.

Levantándome de la mesa pagué la cuenta y dejé una generosa propina.

—Por favor, pida un taxi y dígame al taxista que lleve a la señorita Stonewell a su apartamento —añadí antes de despedirme.